

# LA MANZANA ROJA

Por **ELLEN ROBINSON**

RONALDO corrió el cierre de su chaqueta y se puso la gorra de lana. Bajó las orejeras de ésta porque era una mañana fría, con helada.

—Estoy listo para ir, mamá —anunció.

La madre vino de la cocina con una hojita de papel en la mano.

—Aquí hay una lista de las cosas que quiero del almacén —dijo sonriendo y le pasó el papel a Ronaldo. Luego sacó de la cartera dinero y se lo dio—. Además pueden comprar dos manzanas, una para ti y otra para Timoteo.

—Gracias, mamá —respondió Ronaldo y guardándose la lista en el bolsillo abrió la puerta—. Que lástima que Timoteo esté resfriado y no pueda salir. Por lo menos se va a alegrar de tener una manzana.

—Creo que sí —le respondió la madre.

Ronaldo que todavía tenía la mano en el bolsillo, notó que allí tenía algo. Con una alegre sonrisa se dirigió a su madre y le dijo:

—Mamá, todavía tengo en el bolsillo algunos cacahuetes, de ayer cuando fui al parque. ¿Puedo detenerme un poco para dárselos a las ardillas antes de volver a casa del almacén?

—Sí, querido, puedes hacerlo. No tengo mayor apuro por las cosas.

—No voy a quedarme mucho tiempo —aseguró Ronaldo y recordando a su hermano que estaba en el cuarto le gritó—: ¡Adiós, Timoteo, cuando vuelva iré a jugar contigo!

—Bueno, gracias Ronaldo —fue la respuesta que llegó.

Ronaldo fue directamente al almacén y le entregó la lista al Sr. Valdivia. Mientras éste le preparaba las cosas, Ronaldo se dirigió al cajón de manzanas que estaba en la esquina y eligió dos, grandes y rojas, una para Timoteo y otra para él. Eran unas manzanas tan lindas y jugosas que le tentaba probar la suya ahí no más, y con sólo pensarlo se le hizo agua la boca. Pero esperaría para comerla con Timoteo en la casa.

Ronaldo pagó por las mercaderías y las manzanas y salió con la bolsa. Se puso las dos manzanas rojas en el bolsillo de la chaqueta donde las tendría a mano cuando llegara a la casa.

Luego se dirigió al parque que quedaba al otro lado de la calle para dar de comer a las ardillas. Vio dos ardillas pardas que se escabullían entre las hojas secas buscando alimento.

Ronaldo colocó la bolsa con las mercaderías del almacén sobre un banco del parque y sacó un maní del bolsillo. Agachándose levantó el maní y trató de llamar la atención de las ardillas. Estas eran bastante mansas y una se acercó cuidadosamente y le sacó el maní; luego se volvió y corrió a esconderse detrás de un árbol. Ronaldo tomó otro maní y otra ardilla vino y se lo sacó. Luego aparecieron otras dos ardillas pardas. Cuando Ronaldo se puso de pie para sacar más maníes del bolsillo vio a un muchacho que lo miraba.

—¡Hola! —lo saludó alegremente Ronaldo. Y mostrándole algunos maníes le preguntó—: ¿Quieres dar de comer tú también a las ardillas?

—Sí, gracias —le respondió el otro muchacho. Y acercándose a Ronaldo tomó hábilmente los maníes.



Al echarle una mirada, Ronaldo se dio cuenta de que el muchacho tenía solamente un sweater delgadito para protegerse del frío y no tenía gorra. Dos grandes parches cubrían las rodilleras de los pantalones que se veían muy raídos por el uso.

De pronto Ronaldo notó que el muchacho no alimentaba las ardillas con los maníes que él le había dado, sino que se los estaba comiendo.

En eso el muchacho se dio cuenta de que Ronaldo lo miraba.

—Tú no te enojas si me como los maníes, ¿verdad? —le preguntó cohibido—. Tengo hambre.

—¿No desayunaste? —le preguntó a su vez Ronaldo, sorprendido. Y entonces recordó la leche, las frutas, y el cereal que la madre le había servido esa mañana.

—No, no mucho —respondió tímidamente el muchacho sacudiendo la cabeza, y restregando el talón contra el suelo arenoso, añadió—: Papá está enfermo y no puede trabajar y mamá tiene que quedarse en casa con mis hermanitas y conmigo. A veces no hay mucha comida.

—Lo siento —le aseguró Ronaldo y decidió que le daría al muchacho los maníes que le quedaban. Pero cuando metió la mano en el bolsillo, descubrió que se le habían terminado.

Entonces recordó su manzana roja que tenía en el otro bolsillo. Metió la mano y la sacó.

—Toma esta manzana —le dijo y se la alcanzó.

El otro muchacho sacudió lentamente la cabeza.

—No, no quiero privarte de tu manzana.

Pero al mismo tiempo se quedó mirando con ansias la fruta brillante.

—Tengo otra en el bolsillo —le aseguró Ronaldo sacando la manzana de Timoteo y mostrándosela.

—Oh, si tienes otra para ti te aceptaré ésta —le aseguró el muchacho con una sonrisa de felicidad—. Muchas gracias.

Entonces se detuvo y miró la manzana que tenía en la mano.

—¿Puedo llevarla a casa para compartirla con mis hermanas?

—Por supuesto —le aseguró Ronaldo con un nudo en la garganta. Entonces el muchacho se despidió agitando la mano, y corrió hacia la calle.

Ronaldo levantó la bolsa de provisiones y se dirigió a la casa. Después de entregarle las provisiones a su madre se quitó el saco y la gorra y se dirigió al cuarto de Timoteo para darle la manzana.

Este abrió los ojos cuando vio la hermosa fruta.

—¡Oh, qué bueno! —y mirando a Ronaldo le preguntó—: ¿Tú también tienes una?

—Sí. Pero se la di a un pobre muchacho en el parque.

Y entonces le contó acerca de los maníes y el muchacho hambriento.

—Me alegro que tenias una manzana para darle —le dijo Timoteo—. Oye, ¿no quisieras traerme un cuchillo de la cocina? Es hora de almorzar y éste será un buen aperitivo.

—Claro —respondió Ronaldo pensando que Timoteo quería pelar la manzana. Pero cuando le dio el

cuchillo notó que Timoteo cortaba la manzana cuidadosamente en dos partes y le pasaba una de ellas.

—No —protestó Ronaldo sacudiendo la cabeza—. ¡Esa es tu manzana!

—Hazme el favor, tómala. Si tú puedes ser generoso, yo también.

Y mientras comían la fruta, sentados en la cama de Timoteo, a los dos les pareció que nunca antes habían comido una manzana tan deliciosa.